

Perico. —(No conozco en la calle de Gaboto ninguna conejera)

D. Pablo. —Así es que voy hasta allá; y si quieres, luego iremos al teatro.

Perico. —Eso es; luego al teatro! (Veré la obra de mi patrón)

D. Pablo. —Hasta más tarde, querido. (Me enteraré si es cierto que ha venido aquí mi hija. —U!... Me escama este tipo.) Adiós . . . . . eh? . . .

Perico. —Sí, eso es; vaya Vd. . . . . (Que espero á su hija.) (Lo acompaña al foro.)

D. Pablo. —No te incomodes. . . . . Adiós! (Pase).

## Rapsodia

La noche se acerca; la luna ya asoma;  
Perfuman el aire las flores de azahar,  
Sintiendo el arrullo de dulce paloma,  
Despiértase el alma con ansias de amar.

El viento en las hojas suspira y parece  
Caricia velada, promesa de amor;  
Colgando en las ramas un nido se mece  
Y un ave le brinda su grato calor.

Derrama la vida sus ondas de fuego,  
Que el aire no apaga ni apaga el raudal.  
Ea tanto haya mundo habrá un niño ciego  
Que juegue y que rompa su blanco cenital.

La vida, la garza de blando plumaje,  
Que juega en las ondas del lago al rielar  
La luz de la aurora bordando el paisaje  
Do duerme la dicha debiendo velar.

Tan cortas las horas resbalan, y apenas  
El labio modula un dulce gemir;  
Se siente ya el ruido de duras cadenas  
Que atando la carne la empiezan á herir.

Materia por siempre, postrada y herida,  
Jugnete del hombre por siempre serás.  
¿Que no pueda el alma tener otra vida  
Sin cuerpo de fibras que cambie fugaz?

DORILA CASTELL DE OROZCO.

## EL AMERICANISMO LITERARIO

### III

#### TRADICIONES Y COSTUMBRES

Investigando los orígenes del sentimiento poético de la naturaleza americana que constituye sin duda el rasgo más espontáneo y característico entre los que imprimen carácter á las letras del Continente, puede afirmarse, en beneficio de esa espontaneidad, la ausencia completa de inspiraciones y modelos dentro de la época literaria anterior á la libre manifestación del genio de la colonia transfigurada en nacionalidades dueñas y señoras del suelo que engalanan los dones de aquella natu-

raleza; pero cuando se trata de pasar en revista los antecedentes del elemento de originalidad aportado por la poesía de la tradición y las costumbres á la obra generadora de una literatura esencialmente americana, adquiere aquella época literaria de su simple condición de testimonio histórico de la primera edad de nuestros pueblos, un interés suficiente para mantenerla viva en la memoria de la posteridad y que la impone á nuestra consideración al llegar á esta parte de nuestro estudio.

Hay en ella, además, un poema al que es debido por todo concepto otro homenaje que el de la mención puramente histórica y fundada en interés relativo, y un alto nombre de poeta, en quien se personifica, en cierto modo, la iniciación homérica de la literatura propia y original del Nuevo Mundo.

No es ciertamente «La Araucana», pues aludimos á ella, la plena realización del poema narrativo modelado en las condiciones peculiares de nuestra historia y nuestra naturaleza, que hoy anhelamos como elemento destinado á constituir un día la grande epopeya americana; pero bajo los pliegues de la túnica clásica que envuelve en el poema de Ercilla las formas de la narración, es fácil percibir el latido del corazón salvaje de la América —Puede afirmarse, en efecto, que mucha parte de la esencia poética de la vida de los pueblos indígenas pasó, por intuición admirable, á las páginas del inmortal narrador, y que en sus descripciones, en sus relatos, en sus figuras, es posible señalar con frecuencia el esbozo de nuestras tentativas más eficaces de americanismo y la anticipada satisfacción de los anhelos de fidelidad histórica y local con que hoy procuramos llamar á nueva vida nuestras cosas pasadas.

Jamás la resistencia bárbara ha adquirido en manos de poeta americano personificaciones más épicas que las de la inquebrantable constancia de Caupolicán, el brillo heroico de Lautaro y la estoicidad de Galvarino. —En el episodio lastimero de Glaura ha de reconocerse el más remoto abolengo del romance y la leyenda inspirados por el sentimiento del salvaje candor, de la ingenuidad primitiva, que destacan sobre el fondo de las vírgenes soledades de América la sombra melancólica de Atala y el destello de infinito amor de Cumandá —El desenlace en que la soberbia araucana arroja al rostro del esposo cautivo el fruto de su seno, en arrebato de ira y de dolor, tiene la verdad intensa y ruda de una escena de Shakespeare, y merecería ser consagrado, reproduciéndose indefinidamente ya en el relato del historiador y en el acento del poeta, ya en el lienzo y el bronce, como el símbolo perdurable de la indómita naturaleza de la raza vencida, que concentra en altivo corazón de mujer, después que el brazo varonil ha flameado, el odio supremo que convierte la humillación en causa de locura, y la sublime desesperación de la derrota.

Por el espíritu, además, por el sentimiento que anima aquel airoso relato, dotado casi todo él de la limpidez y la firmeza de la equidad histórica y adquiere resonancia en el acento generoso del poeta ó percíbese

en él, íntimamente, como el épopo que acompaña de lo hondo de su corazón las alternativas dramáticas de lo narrado, hay en Ercilla una cualidad que contribuye á destacarle con relieve genial de precursor, vinculándole á afecciones futuras y definitivas, en la tradición de la poesía inspirada por el sentimiento de la historia y las peculiaridades de América, en igual proporción que levanta su nobilísima figura, como hombre de acción y colaborador de la conquista, ante el juicio severo de la posteridad.

La poesía de Ercilla no es el eco del espíritu de los conquistadores, no es la traducción de sus pasiones en ley, ni guarda la repercusión de la rudeza despiadada con que se asentaba la planta del vencedor sobre el pecho exánime del vencido.

La glorificación, la idealización de la conquista española le deben poco, y tanto por lo menos como el significado secundario de la empresa que canta, dentro de ella, contribuye esa subordinación del sentimiento nacional y de las arrogancias del triunfo al imperio de sentimientos más altos, para que «La Araucana» no pueda llamarse en rigor la epopeya de la conquista, ni sea con relación á la titánica aventura lo que el poema de Camoens, símbolo y diadema del genio heroico de una raza, á aquella que representa su gran tributo de civilización. «El héroe es Caupolicán; el tema el heroísmo araucano», afirma Bello. Y bien puede agregarse que antes de la explosión de los himnos de la libertad en la poesía de la época revolucionaria, la voz acusadora mantenida ante los opresores en tres siglos de cautividad, y el verbo poético de la tradición de autonomía salvaje de la América, estaban sólo en aquellas hermosísimas arengas de los indios de Ercilla donde el sentimiento de resistencia al invasor resuena y llega á la posteridad en acentos inmortales, con el vibrante entusiasmo de la alocución del paje de Valdivia ó la entonación viril de Colocolo.

Real precedente de poesía americana, la epopeya de Arauco no comparte esta significación con ninguna de las que luego explotaron igual glorioso venero de la historia y pretendieron modelarse á ejemplo de ella. Sobre las armas del conquistador no volvió á reflejarse un rayo de excesa poesía, ni la inspiración que movió á los que aspiraron á consagrar como épicos sus triunfos, fué la inspiración generosa que evocaba, en labios del soldado de Millarapué, los más altos ejemplos del heroísmo clásico para enaltecer al salvaje de indómita fiera, y como que presagiaba, en el seno mismo de la conquista española, el grito de noble protesta de Quintana. —De la empresa de ciclopes que ofrece por elementos de soberbia epopeya el escenario de la civilización magnificente de Méjico, la figura heroica de Cortés y el cuadro épico de Otumba, no recogió otra ofrenda la grande era literaria de nuestra raza que la del débil poema de Saavedra Guzmán y el cronicón rimado de Lasso de la Vega. En las «Elegías» de Juan de Castellanos tampoco puede apreciar la posteridad sino el interés del documento y la cró-

nica; y en cuanto al continuador americano de Ercilla, cabe afirmar que Americano puso ni un reflejo de luz ó una nota de color en sus descripciones, ni una inspiración de amor y de piedad en su espíritu contaminado por los odios de raza que superó noblemente el alma hidalga de su antecesor.

Los conquistadores del Río de la Plata hallaron el «Homero ramplón» de una de sus duras Odiseas, el rimador de una parte de sus porfías y sus glorias, en el más desdichado de estos cronistas que siguiendo temerariamente el rumbo del águila que había dominado las campañas de Arauco desde las cumbres, tendieron sobre el espectáculo de las realidades más soberbias y capaces de enervar el acento humano, el vuelo desmayado de su pobre numen insensible al acicate de lo maravilloso.

El poema de Centenera, donde se hermanan todas las fealdades del verso bajo é inarmónico y de la narración enmarañada y exenta de orden y criterio, constituye, en verdad, un precedente de bien pobre cuantía en la interpretación poética de las tradiciones y peculiaridades regionales, y sólo en su carácter de ingenua iniciación de temas destinados á reanimarse en lo futuro por las evocaciones legendarias del genio poético de un pueblo, interesado en la idealización de sus recuerdos históricos, es él merecedor de la atención y el interés que por órgano de su más caracterizado representante le ha concedido la crítica argentina.

Puede, sin embargo, un espíritu que se aventura en el erial prosaico del poema, iluminado por el don de hallar lo bello y lo característico en las realidades opacas de la crónica, obtener de sus páginas inspiraciones capaces de vivificar el romance y la leyenda, hallazgos de una candorosa poesía que asoma á veces, bajo la tosquedad é inepticia de la forma, como corteza á un tiempo ruda y balsámica.

El episodio en que se destaca la figura apasionada y gentil de Liropeya, la heroína del amor salvaje, que Juan María Gutiérrez consideraba destinada á iluminar eternamente las sombras de la crónica de la conquista, y que Adolfo Berro depuró de las escorias prosaicas de su imagen primera para concederle, en su romance más gallardo, la forma definitiva con que aparece á la posteridad, es esencialmente más poético que el de Glaura ó Tegualda, y merece ser tenido por clásico entre las formas hasta hoy explotadas de la tradición indígena, de «la leyenda vestida de plumas de colores.»

En suma, no es posible relacionar con este obscuro abolengo de las manifestaciones literarias del descubrimiento y la conquista, la moderna expresión de las tradiciones y los albores históricos de nuestros pueblos en su poesía nacional, de otra manera que como se relaciona con la verdad audaz y descarnada del documento y del testimonio escrito de las cosas, la forma bella que la redime de su nativa obscuridad y la transfigura en tema de arte; pero no es menos cierto que hasta la aparición de las páginas primeras de una literatura vivifica-

da por el amor de la naturaleza propia y el sentimiento de la nacionalidad en tierra americana, no hubo mejores antecedentes de americanismo literario, ni los superó, en caso alguno, la desmayada poesía de la colonia.

La literatura de la conquista, —entendiendo por tal el grupo éjico de los poemas que narran sus esfuerzos y celebran sus triunfos y las crónicas en que da el testimonio de sus actores, ostenta en medio de su informe rudeza, de su mediocridad habitual, de sus desmayos prosaicos, una viril animación, un grande espíritu de vida.

Hay en ella el desorden de la improvisación, la deformidad del mal gusto, todas las maculas y todas las imperfecciones que son propias de la ausencia de arte, y aun de la inferioridad del ingenio; pero es indudable que la consideración del conjunto inspira un sentimiento muy distinto del desdén ó el hastío. No ha de juzgársela, para poderla admirar, con el rigor del criterio literario; sino atendiendo á que la razón de su grandeza está en su calidad de campo inmenso y abrupto donde se estampa, como garra de león, la huella de una de las empresas más heroicas, más sublimemente aventuradas de la historia humana.

A medida que se avanza en el tiempo, á medida que la quietud de la noche de servidumbre y de paz, sucede al épico fragor de la conquista, vuélvese el campo de investigación más árido é ingrato, más infrecuente el descubrimiento de una nota de real inspiración, y el tedio de una prosa enervante se extiende en el horizonte de la literatura colonial como una bruma.

Aún los recuerdos históricos del primer siglo, el siglo heroico, de la colonización, sugirieron á veces en esta misma lánguida y trivial literatura la ambición temeraria de lo épico, y ocasionaron poemas donde la mísera condición del sentimiento, del color y la forma no se atenúa siquiera por el interés del testimonio directo y del traslado fiel de la realidad que aparece en la obra de los primitivos narradores, minuciosamente observada en sus detalles, aunque no sentida casi nunca en su poesía. Así, la «Lima fundada» de Peralta Barnuevo y la «Hernandía» de Ruiz de León.

El pasado no podía brindar sino motivos de composición artificiosa y erudita en pueblos á quienes no les era dado contemplarle con los deliquios de la gloria, con el sentimiento de la tradición. De las entrañas de la sociedad colonial sólo pudo nacer, en condiciones de vida, la abominable literatura de recepciones, de exequias, de fiestas reales, que arrojaba vistosamente la lijónja servil y daba exacto reflejo á la existencia, á un tiempo trivial y aparatosa, de las ciudades en que se asentaba el poder de los Virreyes.

Nacida tardíamente, en el seno de sociedades á quienes las singulares condiciones de la colonización que les dió origen imprimieron carácter de democracias embrionarias, parcas y austeras, sin lugar para el remedo de las opulencias de la corte y modeladas en el hábito varonil de la labor, la literatura del Río de la Plata se halla en la gran parte exenta de ese introito de abyec-

ción y mal gusto con que precede los anales de la cultura literaria de otras secciones de América el proceso de la actividad de su pensamiento colonial; pero ella hubo de participar forzosamente en tales tiempos, de la radical falsedad impuesta por la desvinculación del espíritu literario y las fuentes generosas y límpidas del sentimiento; del ambiente del poeta, clausurado dentro de una ficticia prolongación del mundo español ó el mundo clásico, y la atmósfera que embalsamaba una vírgen naturaleza con sus agrestes perfumes y una sociedad naciente coloreaba con los tintes originales de su vida.

Hubo, sin embargo, en el seno de aquel movimiento ansioso despertar de las energías de la mente y de adquisición de los elementos primeros de cultura, que se inicia en la historia colonial de Buenos Aires por el período gubernativo de Vértiz, y tiene su manifestación principal en la apertura de las históricas aulas de San Carlos, un espíritu á quien fué concedido cierto vago vislumbre del ideal literario cuyos remotos precedentes seguimos, y que se esforzó por reflejarle en páginas que la posteridad debe recoger con solicitud cariñosa.

La personalidad de Labardén no se destaca sólo en los anales de la vida social del Virreinato por la superioridad de su cultura literaria y de las condiciones poéticas de su estilo sobre las de los rastros versificadores de su tiempo —ni por la diversidad de las aptitudes y la multiplicidad de los servicios prestados al desenvolvimiento moral y material de la colonia que le constituyen en selecta personificación de los elementos de progreso y de vida empeñados entonces en lucha oscura y afanosa para vencer la inercia del pesado bloque colonial; sino, ante todo, por el prestigio de sus nobles esfuerzos en pro de la adaptación del espíritu literario á las condiciones físicas é históricas del pueblo de su cuna.

La aparición de *Siripo*, trayendo al ambiente mudo y soporoso de la sociedad sin ideal y sin carácter modelada por tres siglos de servidumbre, una reliquia de su tradición de libertad salvaje, un soplo de sus tiempos épicos, es una nota de originalidad que basta para redimir un nombre del olvido y una época literaria de la condenación desdenosa que merecería por casi la totalidad de sus legados.

No es lícito afirmar que la tradición indígena hubiese pasado hasta entonces sin dejar la huella de su planta en los anales literarios de la colonia; ni aún que faltase en ellos, de todo punto, la manifestación del contacto entre la mente poética de las razas vencidas y la cultura implantada por el conquistador. — Los *Comentarios Reales*, donde por verbo de tan espléndida idealización del imperio y de la sabiduría de los Incas, cuya propia sangre inflamaba las inspiraciones del relato, se extiende límpida y majestuosa el habla literaria modelada por los grandes prosistas del Renacimiento, serían suficiente ejemplo de lo último; y las fiestas escénicas ó las representaciones dramáticas en que solía exigirse tributo á los recuerdos de la antigua vida americana, en las solemnidades de los grandes centros de

la colonización, además de algún interesante ensayo de historia anovelada ó interpretación semi-romancesca de las cosas de la América primitiva que interrumpe la aridez desapacible de las crónicas, demostrarían la exactitud de lo primero.

Tampoco la originalidad de Labardén puede decirse absoluta con relación al modo literario de la época en que fué escrita la obra que comentamos.

Ya la tragedia clásica, que en manos de Voltaire había adquirido entre otros elementos de innovación y de sentido moderno, no despreciables toques de color de época y local que diversificaban la solemne uniformidad del tema trágico con la reproducción de costumbres de pueblos desconocidos y remotos, había intentado en *Alsira* conceder á la historia de los indios de América la dignidad literaria del coturno. Concebida esta obra bajo los dictados del mismo espíritu filantrópico que había inspirado *Los Incas* de Marmontel y el *Camiré* de Florian, y forma artística, al par de ellos, del severo proceso instaurado por los hombres de la Enciclopedia á la conquista española, hubo de escollar, por otra parte, en cuanto al propósito de fidelidad histórica que suele revelarse por aciertos fugaces, en la índole fatalmente abstracta é inflexible de la tragedia y su absoluta incapacidad para la reconstrucción viviente de los tiempos y las cosas que era triunfo reservado al drama de la pasada realidad en nuestro siglo. Igual pecado original de la ejecución, no redimido en parte, como sucede en *Alsira*, por la alta calidad del ingenio, reduce casi á la descarnada exactitud de los sucesos y los nombres el colorido indígena de la obra del poeta colonial.

Pero el valer y el significado memorable de esta última no han de graduarse ciertamente, por el éxito del resultado, ni aún por la originalidad intrínseca del tema que se hacía pasar de las páginas yermas de la crónica á la idealización de la más noble forma literaria, sino por el amor de las cosas del terruño que en ella se revela y que otras dos composiciones del autor de la tragedia guaraníca nos dan ocasión de comprobar, manifestando la existencia, sino de un propósito consciente y sistemático, de un instinto poderoso de singularidad local y de un temprano sentimiento patriótico, que en vano se buscarían en la prosa rimada de Maciel y de Agüero.

La sátira con que el espíritu sutil de Labardén intervino oportunamente en el debate literario movido por uno de los episodios triviales y los hechos oscuros que daban pábulo á la vana locuacidad de los versificadores de la colonia, en tiempo del marqués de Loreto, luce un hermoso arranque de sentimiento que casi llamaríamos *nacional* y que vuelve realmente inspiradas las estrofas donde el poeta rechaza, á nombre de la condición altiva de su pueblo, la abyección cresana de la vida pública de Lima. Y el canto por el que fué poéticamente consagrada la naturaleza de esta parte de América, que él personificaba en la majestad del Paraná, ensayando con el vuelo tímido é incierto del numen apocado por la habilidad de la imitación y la retórica el

tema inagotable que señalaría la nota más intensa y distinta dentro de la futura originalidad de nuestra literatura, constituye á la vez, como manifestación inicial entre nosotros de aquel género de poesía elevadamente didáctica, social, utilitaria en noble sentido, que puso en boga el espíritu revolucionario del siglo XVIII y fué instrumento eficazísimo de propaganda y de guerra en manos de los poetas de la Emancipación, la resonancia poética de aquel período de renovación de las ideas y de iniciativa fecunda, que se manifiesta por los anhelos de prosperidad material y de libertad económica, los escritos de Vieytes y la acción benéfica de Belgrano, diseñando sobre el fondo incoloro de la sociedad colonial el esbozo de un enérgico espíritu colectivo.

La evocación de las tradiciones legendarias del pasado de América que realizó Labardén en la escena celosamente reservada por los poetas y los preceptistas para los héroes y pueblos consagrados como una aristocracia de la historia, ofrece, pues, si se prescinde de la severidad, que sería inoportuna, del juicio literario, y se la aprecia relacionándola con ese anhelo de conceder una expresión adecuada á la sociedad y la naturaleza propias, que descubren los versos del autor de «*Siripo*», todo el significado de una audaz manifestación precursora de la obra de nacionalización que sería francamente iniciada en la literatura de América medio siglo más tarde.

JOSÉ E. RODÓ.

(Concluirá.)

Erratas notables del anterior artículo de esta serie: Página 166, columna primera; donde dice «... que el Tasso imaginó para su Aminta, léase «... que el Tasso imaginó para su *Armida*». Página 163, columna tercera donde dice «... que la hace unas veces el poeta incomparable de lo inmenso», léase «... que le hace unas veces, etc.

## La teoría del verbo

1. Importancia del verbo.—2. Método que se debe seguir en su estudio.—3. Definiciones.—Definición de Aristóteles.—4. Teoría de Apolonio Dyscolo.—Su crítica.—Ejemplos que demuestran su falsedad.—Dicha doctrina exige una evolución en las palabras que consideramos absurda.—5. Teoría de Scaligero.—Su crítica.—6. Doctrina de Condillac ó del verbo único.—Su fundamento y origen.—Argumentos que militan contra esta doctrina.—Creencia universal.—Si en todas las modificaciones del verbo existe afirmación.—¿Expresar es afirmar?—De cómo el verbo no siempre implica expresión de juicio.—De cómo hay juicios que carecen de verbo.—Lo que nos faltaría sin los verbos no sería la expresión de la afirmación, sino la del tiempo.—Comprobación con máximas y refranes.—Argumentos derivados del lenguaje, de la historia de los idiomas y de la gramática comparativa.—El verbo único, según la doctrina que examinamos, ¿expresa sólo la idea de existencia, relación entre ideas, ó ambas cosas juntamente?—Absurdo de la teoría en todos tres casos.—Opinión de Bescherelle, Ozaneaux, Lemare, Boscher, etc.—Crítica de Suard.—7. Definiciones de la Academia, Salvá y Salazar.—Su crítica.—8. Doctrinas de Bello, Salleras y Rey Heredia.—Coinciden con la del verbo único.—9. Definición de Balmes.—Objeto del verbo según esta teoría.—Su carácter esencial y distintivo.—Examen y crítica de la doctrina de este filósofo.

I. El verbo, voz derivada de la latina *verbum* que quiere decir palabra, es la parte principal del discurso. Su importancia, si bien exagerada por algunos, no se pone en tela de juicio. Efectivamente: si no debemos creer con los antiguos gramáticos de los pueblos semíticos que esta voz es la fuente etimológica y el fundamento de todas las demás, engañados á lo que parece